

poner manos á la obra incesantemente. Examínate con especialidad sobre los puntos siguientes. Primero: ¿Eres exacto en tener un dia de retiro cada mes, y en visitar cada dia al Santísimo Sacramento? Segundo: ¿Cuanto tiempo empleas cada dia en los ejercicios espirituales y en el de otras buenas obras? Tercero: ¿Qué fruto sacas de la frecuencia de Sacramentos? Cuarto: ¿Como cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente, que el modo de hacer grandes progresos en la virtud es cumplir exactamente con estas obligaciones. Quinto: ¿Visitas á los pobres, y los socorres cuanto puedes en sus necesidades? Cuando Jesucristo habla de la entrada de los Santos en el gozo del Señor, solo hace memoria de las obras de misericordia. Sexto: La mejor leccion espiritual para todos son las vidas de los Santos; porque las hay de todas edades, de todas condiciones, y de todos estados. Escoge uno por tu protector especial, y por tu modelo. El mejor modo de merecer la proteccion de los Santos es imitarlos: nunca leas sus vidas sin deseo, y aun sin resolucion de imitar alguna de sus virtudes.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN MATÍAS APÓSTOL, en Judea, al cual despues de la ascension de Jesucristo, eligieron en suerte los Apóstoles en lugar del traidor Judas: y por la predicacion del Evangelio murió mártir. (*Su vida puede verse en el siguiente dia 23; y la oracion de la misa se traslada á tal dia como hoy, 24, cuando el año no es bisiesto.*)

SANTA PRIMITIVA, mártir, en Roma.

SAN SERGIO, mártir, en Cesarea de Capadocia, del cual tenemos escritos hechos memorables.

LOS SANTOS MÁRTIRES MONTANO, LUCIO, JULIANO, VICTORICO, FLAVIANO, y sus compañeros, en Africa, discipulos todos de S. Cipriano, los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Valeriano.

SAN PROTESTATO, obispo y mártir, en Ruan.

SAN MODESTO, obispo y confesor, en Tréveris. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN EDILBERTO, en Inglaterra, rey de Kent (y primer rey inglés), convertido á la fe por S. Agustin, obispo de los Ingleses.

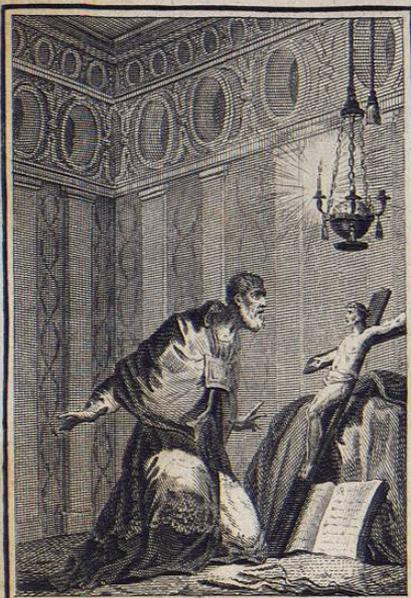
LA PRIMERA INVENCION DE LA CABEZA DEL PRECURSOR DEL SEÑOR, en Jerusalem.

SAN MODESTO, OBISPO.

ENTRE los santos obispos de la Iglesia de Tréveris, floreció en el siglo v S. Modesto, de quien hace en este día conmemoracion el Martirologio romano. Prelado, á la verdad, de inmortal gloria por su eminente virtud, celo apostólico, trabajos, y fatigas en el cultivo de la grey cometida por Dios á su cuidado. Habia padecido la ciudad de Tréveris por los reyes francos Merboco y Quildeberto, profesores del gentilismo, las mas sensibles derrotas, no solo en lo material del pueblo, sino en lo formal de las costumbres de los fieles, que siguiendo la relajacion de los idólatras vencedores, vivian envueltos en mil crasos errores, y abominables corruptelas. En estas lamentables circunstancias, dispuso la divina Providencia fuese prelado de aquella catedral S. Modesto, varon esclarecido en santidad, erudicion y fortaleza, capaz de reparar los daños, que padeció el rebaño del Señor con tempestades tan deshechas.

Apenas tomó posesion de su Iglesia, se sintió penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló su diócesi. No solo reinaba en el pueblo toda clase de relajacion y vicio; sino es que se habia apoderado del lugar santo. La vida desarreglada de los que por su estado debian servir de ejemplo á los demás fieles, parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gemia el santo prelado en la presencia de Dios, procurando aplacar su justa indignacion con rigurosa penitencia; pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, vigiliass, exhortaciones, visitas é instrucciones, para que el Señor abriese los ojos de aquel rebaño ciego, por cuya salvacion deseaba dar la vida, si el mismo Señor se dignase aceptarla.

No podia tardar en dar fruto correspondiente un celo tan puro, tan apostólico, y tan desinteresado: echó Dios la bendicion sobre sus trabajos, ganó los corazones de todos con su paciencia, apacibilidad y ejemplo, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Tréveris. No se pueden esplicar fácilmente los trabajos que pasó en el cultivo de aquella viña que estaba por desmontar. Los dias enteros pasaba en alimentar con la palabra de Dios á aquel pueblo grosero é ignorante, en instruirle en los misterios de la fe, y desengañarle de los crasos errores en que se habia imbuido con el comercio continuo de los paganos. El fué liberal para con todos en los oficios de piedad: él asistia á los pobres con los auxilios necesarios: él redujo á los erran-



S. MODESTO, O.

tes al camino de la verdad, é inflamó á todos para el estudio de la virtud con saludables documentos, y admirables ejemplos de santidad. Consiguiendo á espensas de sudores, y penosas vigiliass el regreso de su pueblo al centro de donde fué distraido. Ultimamente, colmado de merecimientos fué preciosa su muerte ante Dios y los hombres, como la de los Santos, en el dia 24 de febrero de 486. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de S. Eucherio, dedicada despues al apóstol S. Matias, perteneciente al monasterio de religiosos Benedictinos, los cuales demuestran sus reliquias para que los fieles las adoren con las de otros Santos en la semana santa, y vigilia de Pentecostes.

SAN MELECIO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Melecio, de quien S. Juan Crisóstomo y S. Gregorio Niseno hacen tan magnifico elogio, nació en Melitene, ciudad de la menor Armenia, hácia el principio del siglo iv. Su familia era de las mas nobles del pais: y fué de un natural tan dulce, tan apacible, tan amigo de dar gusto á todos, y de una inclinacion tan naturalmente propensa á todo lo bueno, que parecia en él innata la virtud. Desde la niñez fué su vida irreprochable. Su modestia, su apacibilidad, la inocencia de sus costumbres, y sus graciosísimos modales le ganaron el cariño y el amor de cuantos le conocian; pero su piedad, su escelente ingenio, y su sabiduría, además del amor y del cariño, le granjearon la estimacion y el respeto.

Desolaba la Iglesia de Oriente la herejía arriana, apoyada con la autoridad del emperador Constancio. Ensoberbecida con sus conquistas, y con el crédito en que estaba, habia encendido una cruel guerra entre los católicos y los arrianos: el odio entre los dos partidos era mutuo; ardia todo el Oriente, y no se veia en él sino cisma y division. La eminente virtud de nuestro Santo brillaba con resplandor tan sobresaliente, que le habia hecho superior aun á la misma envidia, y (lo que se vé muy raras veces) igualmente le habia merecido la estimacion de los arrianos, que de los católicos. La reputacion de hombre prudente, recto, sincero, irreprochable en sus costumbres, y piadoso resonaba en todas partes: y casi se puede decir, que esta misma general reputacion, el haber sido su mérito tan indisputable, y tan universalmente reconocido de todos, en cierta manera hubo de perjudicar al concepto de la pureza de su fe en la aprehension vulgar de aquellos que no creen pueda uno merecer la estimacion de los enemigos de la religion, y ser católico.



S. MELECIO O. Y C.

En esta general estimacion se hallaba Melecio cuando vacó la silla episcopal de Sebaste en Armenia por la deposicion de su obispo Eustatio. No hubo mucho que deliberar en la eleccion de sucesor. Por unánime consentimiento fué nombrado Melecio, siendo lo mas singular de su promocion, que hasta los arrianos de la faccion de Acacio, que eran los mas poderosos, concurrieron voluntariamente con sus votos; lo que hizo dudar por algun tiempo de la pureza de su fe; pero presto disipó estas sombras la rectitud de su conducta. Apenas se vió obispo cuando se aplicó á desempeñar todas sus obligaciones. Su celo y su caridad episcopal, sazoadas siempre con aquella cristiana dulzura que era en parte su carácter, le hacian proceder en todo como verdadero pastor. Pero este pastor celoso tuvo la desgracia de encontrarse con un rebaño tan indócil, que habiendo experimentado inútiles cuantos esfuerzos hizo para reducirle á su deber, dejó el obispado, y se retiró á la soledad, para vacar á la contemplacion, y gozar en ella el sosiego de una vida privada. Creciendo el amor al retiro con el gusto y con el dulce reposo que en él experimentaba, y viendo que ya comenzaban á honrar su virtud mas de lo que quisiera, turbando su amada soledad el concurso de las gentes, resolvió pasar á Borea en Siria, para vivir allí desconocido, haciéndose invisible, si pudiese ser, á todos los mortales.

Pero eran muy otros los intentos de la divina Providencia. No queria que tan grande antorcha estuviese escondida, pues destinaba á Melecio para una vida mas laboriosa. Treinta años habia que la Iglesia de Antioquia estaba gimiendo bajo la tirania de los arrianos. Habiendo sido arrojado de ella Eudoxio, que por los artificios de la faccion arriana la habia usurpado, los católicos y los herejes trabajaban con el mayor empeño en colocar en aquella silla un patriarca que fuese de su partido. Compadecido Dios de aquella afligida Iglesia, dispuso con amorosa providencia, que en lo mas fuerte de la disputa unos y otros pusiesen los ojos en Melecio. Los católicos estaban bien persuadidos de la solidez de su virtud: y los arrianos, sabiendo que los de su faccion habian dado su consentimiento para que fuese obispo de Sebaste, no desconfiaban de él. Y en fin, conociéndole todos por un hombre muy elocuente, de un natural dulce, amigo de hacer bien, muy propio para conciliar los ánimos, y unir los corazones, irrepreensible en sus costumbres, y generalmente estimado de todo el mundo, esperaron hallar en él un digno prelado. De esta manera los arrianos, que manejaban la corte, suplicaron al emperador Constancio, que se hallaba á la sazón en

Antioquia, diese su imperial consentimiento para que Melecio fuese colocado en la silla patriarcal, y los católicos consintieron con toda el alma en esta eleccion, no estando menos asegurados de la pureza de su fe, que de la santidad de su vida.

Cuando llegó al Santo la noticia de haber sido nombrado patriarca de Antioquia, estuvo inconsolable. Haciale insufrible esta pesada carga el amor que tenia á la soledad. No perdonó á medio alguno para echarla de sus hombros, y resolvió buscar la seguridad en la fuga; pero como se tenia bien prevista su repugnancia, se habian tomado eficaces providencias para precaverla. Al fin se vió precisado á rendirse á las órdenes del emperador, y á la eleccion de los obispos. Fué conducido desde Borea á Antioquia. Fué tan universal el gozo por su eleccion, que no solo le salieron á recibir los obispos, que en gran número estaban juntos en la ciudad, el clero y todo el pueblo; sino que hasta los judíos, hasta los mismos paganos concurrieron de todas partes, atraídos de su reputacion, para verle y para tener parte en la alegría pública. Su entrada parecia un verdadero triunfo, semejante en alguna manera á la de Cristo en Jerusalem, pues fué recibido con públicas aclamaciones en una ciudad, de donde bien presto habia de ser arrojado con insolencia.

Luego que se sentó en la silla patriarcal conoció que los partidos estaban impacientes hasta saber si se declararia por los arrianos ó por los católicos. Pero como era en extremo prudente y detenido, se aplicó ante todas cosas á ganar los corazones, persuadido á que presto conseguiria unir en una misma fe todos los espiritus, como lograrse la confianza de todos. Contentóse á los principios únicamente con predicar la reformation de las costumbres, y el ejercicio de las virtudes cristianas. Iban sus ejemplos delante de sus sermones, y se conoció presto su eficacia, porque predicaba mas su modestia, su regularidad, su caridad y su porte edificativo, que sus palabras. Nunca bajó del púlpito sin alguna insigne conversion: no solo cautivaba la singular gracia que el Señor comunicaba á las verdades mas fuertes en su boca, sino aquella humildad profunda, aquel olor de santidad que exhalaba en todas sus acciones. Admiraba la inmensa caridad con que su corazon abrazaba á todo género de personas: los pobres publicaban en todas partes su liberalidad; cada cual elogiaba aquella afabilidad, aquella dulzura; y la feliz junta de prendas tan nobles, y tan sobresalientes le hacian amable á todo el mundo.

No pasó mucho tiempo sin que se espermentase que esta apacibilidad, y este sufrimiento no eran especie de indolencia natu-

ral, ó efecto puro de un temperamento blando, sino que sabia acompañarlas de una fortaleza invencible, cuando se atravesaban los intereses de la religion, y de la Iglesia.

Deseando saber los arrianos si podrian contar con su nuevo patriarca, suplicaron al emperador Constancio que procurase sondearle, estrechándole á que se explicase en orden á lo que creia. Consintió en ello el emperador, y para hacerlo con mayor seguridad, fuera de Melecio escogió á otros dos prelados tenidos por mas hábiles, y quiso que en plena asamblea, celebrada en su presencia, explicasen aquellas palabras de la Escritura, de que abusaban los arrianos para autorizar sus errores, y para destruir la consustancialidad del Verbo: *El Señor me crió en el principio de sus caminos*. Jorge, obispo de Laodicea, hombre político y poco arreglado, habló el primero, y habló como verdadero arriano: Acacio, obispo de Cesarea, hombre ambicioso, que solo tiraba á lisonjear al emperador, le siguió y esplicó dichas palabras como verdadero hereje. Habló el tercero Melecio, y las esplicó en un sentido tan católico, con tanta elocuencia, y con tanta dignidad; probó la consustancialidad del Verbo con unas razones tan claras, tan enérgicas; demostró tan visiblemente los errores de los arrianos, y puso tan patente la impiedad de sus dogmas, que desesperados de verse como engañados, allí mismo dieron á entender con estrépito furioso su indignacion y su cólera. Un diácono tuvo la insolencia de taparle la boca con la mano; pero el santo patriarca explicaba por señas lo que no podia con la lengua; y desembarazado de aquel atrevido, declaró al pueblo y á todo el clero la igualdad de las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad en una misma esencia divina, con tanta precision, con tanta limpieza, que no parecia hombre sino un ángel el que hablaba por la boca de Melecio.

Furiosos los arrianos á vista de una profesion tan pública, tan católica y tan ruidosa de la fe del patriarca, persuadieron al emperador que le arrojase de su silla. Vino en ello aquel mal aconsejado príncipe, y el mismo dia le desterró á Armenia. Pero no se atrevieron á sacarle de la ciudad de dia; porque el amor, el respeto, y la estimacion del pueblo á su santo pastor, habian subido tan de punto en el corto espacio de un mes y no cabal, dice S. Crisóstomo, que ponian su nombre á sus hijos, y los católicos se llamaban Melecianos. Viendo S. Eusebio de Samosata la indignidad con que se trataba al santo prelado, se salió de la asamblea, y se retiró á su obispado. Llevaba consigo la acta de la eleccion del patriarca Melecio, y los arrianos despacharon tras de él á un criado del emperador para pedírsela

de parte de este príncipe. Resistiéndose Eusebio á entregarla, se le despachó segundo correo con orden de que la entregase al instante, y cuando no, que se le cortaria la mano derecha. Apenas leyó el Santo la orden del emperador, cuando presentó al portador entrambas manos para que se las cortase; firmeza de ánimo, que no pudo dejar de admirar el mismo emperador, elogiándola públicamente. Habiendo quedado solo en el trono imperial Juliano apóstata, por muerte de Constancio, llamó del destierro á todos los que estaban condenados á él por su predecesor. En virtud de este edicto, se restituyó á su Iglesia san Melecio hácia el fin del año 362, y tuvo el disgusto de hallar introducido el cisma y la division aun entre los mismos católicos. Trabajó mucho, pero en vano, el santo pastor en unir á su rebaño. Estaban los ánimos tan enconados, y tan irritados los corazones, que no surtieron efecto sus solicitudes y sus fatigas. Para colmo de la alieccion, el emperador Juliano apóstata, enemigo mortal de los cristianos, habia escogido á la ciudad de Antioquia por silla del paganismo. Fácilmente se deja discurrir cuanto tendria que padecer el santo prelado, así de los herejes como de los gentiles. No por eso aflojó nada en su celo, en su piedad, en su vigor, á pesar de las amenazas del príncipe idólatra. Irritó muy presto al apóstata emperador su solicitud pastoral, y le envió desterrado; de suerte, que en menos de tres años se vió el Santo dos veces arrojado de su silla. Muerto poco despues Juliano apóstata, su sucesor Joviano, príncipe piadoso, llamó del destierro á S. Melecio. Entonces se conoció visiblemente, que el interés y la ambicion son los que reglan la conducta de los herejes, y que no tienen mas religion que la que domina en la corte. Aquel mismo Acacio, que habia sido jefe ó cabeza de los semi-arrianos, viendo al emperador altamente declarado por la fe del concilio de Nicea, asistió á un sínodo, convocado por S. Melecio, y suscribió con los demás una profesion enteramente católica. Pero no habiendo reinado mas que ocho meses el piadoso emperador Joviano, Valente su sucesor, turbó luego la paz de la Iglesia, favoreciendo descubiertamente á los herejes. Durante estas revoluciones, fué siempre igual el celo de S. Melecio, sin desmentirse jamás de su virtud y su vigilancia, y tuvo el consuelo de educar debajo de su mano por espacio de tres años al grande S. Juan Crisóstomo.

Habiendo venido á Antioquia el emperador Valente hácia el fin del año de 371, hizo cuanto pudo por ganar para su partido al santo patriarca; pero hallándole incontrastable, le desterró á lo último de la Armenia. Amotinóse el pueblo resuelto á em-

barazarlo; pero el Santo le apaciguó; y él mismo se puso delante del oficial que le conducia para estorbar que le matasen á pedradas. Muerto desastradamente el emperador Valente, su sucesor Graciano, príncipe católico, llamó del destierro á san Melecio. La gloria de haber padecido tres destierros en defensa de la fe, le hizo mas amable y mas venerable á su pueblo. Con su dulzura y con sus bellos modales, venció en fin la obstinacion de su competidor el obispo Paulino, y aunque su avanzada edad, y los grandes trabajos que habia padecido, parece que le inhabilitaban para nuevas fatigas corporales, con todo eso quiso visitar todo su obispado. Hizo en esta visita infinitos bienes, convirtió á muchos arrianos, y reformó las costumbres de los católicos. Celebró en Antioquia los mas ilustres concilios, que se tuvieron en Oriente por el número de santos y sabios prelados que concurrieron á ellos; en los cuales se confirmó la fe del concilio de Nicea, fueron confundidos los herejes, y quedó la paz de la Iglesia dichosamente restablecida.

Queriendo Graciano vengar la muerte de su tío el emperador Valente, envió contra los Godos al general Teodosio. Habiéndolos éste derrotado, la noche siguiente tuvo una vision, en que se le representó un venerable anciano en traje de obispo, que le revestia la púrpura imperial. Poco tiempo despues fué asociado al imperio por Graciano, que le cedió todo el Oriente. Resuelto á procurar la paz de la Iglesia, desolada con tantas parcialidades, dispuso se convocase en Constantinopla un concilio compuesto de mas de ciento y cincuenta obispos católicos. Concurrió á él S. Melecio para presidirle, y apenas le vió Teodosio, cuando conoció ser aquel mismo prelado, que se le habia aparecido en sueños antes de ascender al imperio, figurándosele que le revestia el manto y la diadema imperial. Levantóse al punto de su trono, corrió exhalado á él, y le rindió todas las honras y todos los respetos que pedian la gratitud y la veneracion. Presidió nuestro Santo en el concilio, como patriarca de Antioquia, dando en él ilustres testimonios de su profunda sabiduria, de su cristiana elocuencia, de la pureza de su fe, y de su eminente santidad. Durante este concilio, quiso Dios premiar los trabajos, y las heróicas virtudes de este gran Santo, poniendo dichoso fin á su gloriosa carrera el dia 12 de febrero del año 381 lleno de dias y de merecimientos.

No se han visto funerales mas parecidos á un triunfo, que los que se hicieron á nuestro Santo. Asistieron á ellos todos los Padres del concilio, todo el clero y el mismo emperador. Pronunció la oracion fúnebre, ó por mejor decir, su panegirico; san

Anfiloquio, obispo de Iconia. El día de las honras, que se celebraron en la catedral, asistiendo también á ellas el emperador, pronunció otra elocuentísima oración S. Gregorio Niseno, y quiso Dios confirmar la opinión que se tenía de la santidad de nuestro Santo con muchos milagros. Fué conducido su cadáver á Antioquía con toda la pompa correspondiente á la veneración que los pueblos le profesaban; y cinco años después pronunció S. Juan Crisóstomo en honor de su venerable memoria aquella bella oración, que se conserva entre sus obras.

La Misa es la que se dice del comun de los Confesores Pontífices, y la oración es la que se sigue :

Oye, Señor, la súplica que tan dignamente te sirvió, li-
te hacemos en la solemnidad de-
tu confesor y pontífice el bien-
aventurado Melecio; y por los
merecimientos de aquel, que
branos de todos nuestros pe-
cados. Por nuestro Señor Jesu-
cristo, etc.

La Epístola es del capítulo 5 del apóstol S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos : todo pontífice, pio está sujeto á las mismas fla-
elegido de entre los hombres, quezas; y por tanto debe ofre-
se constituye por ellos en las cer sacrificios, no solo por los
cosas pertenecientes al culto de pecados del pueblo, sino por
Dios, para que le ofrezca dones los propios. Bien que ninguno
y sacrificios por los pecados; el debe introducirse en este ho-
cual debe ser tal, que pueda nor, sino el que es llamado por
condolerse de los que ignoran y Dios, como Aaron.
yerran : supuesto á que él pro-

REFLEXIONES.

Qui condolare possit his qui ignorant, et errant. De suerte, que sepa compadecerse de los ignorantes y de los descaminados. No hay almas mas dignas de compasión que aquellas, que pudiendo fácilmente instruirse del camino que llevan, y pudiendo informarse con facilidad si van descaminadas ó derechas, voluntariamente yerran el camino en la mitad del día. A la verdad no ignoran su religión : saben bien cuales son las máximas del Evangelio ; pero caso que estén menos instruidas, ¿ cuantos pastores celosos, cuantos predicadores sabios, cuantos confesores

santos y doctos hallarán que las enseñen cual es el camino que lleva á la perdición, y cual el que conduce á la vida ? El día de hoy en punto de salvación ninguno se descamina por ignorancia. Descaminanse sí muchos en una vida entregada á los deleites, en una vida regalona, y licenciosa ; pero se descaminan porque quieren.

Nada asombra mas que el ansia con que en el mundo tiran todos á divertirse ; esto profesando una religión que nada predica tanto como la cruz y la mortificación de las pasiones. Ya las diversiones se han hecho moda en todos tiempos y en todas edades. No se pregunta ya si conviene ó no conviene á un cristiano darse á una vida holgazana, divertida y deliciosa : los que no pueden entregarse á este género de vida son reputados por unos hombres infelices, dignos de lástima y de compasión. Con todo eso, estos cristianos que viven de esta manera creen en nuestro Evangelio : es decir, que al mismo tiempo que viven entregados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender, que aquella no es vida cristiana ; y que no puede ser discípulo de Cristo, el que cada día no toma su cruz, el que no se mortifica cada día. ¿ Encontrarás, imaginarás acaso contradicción mas monstruosa ? Sin embargo, esta contradicción nos representa la conducta de la mayor parte de los hombres del mundo. ¿ Qué se puede inferir de estos antecedentes ? ¿ Pero qué fin se puede esperar de estas consecuencias ?

Divertimonos, es cierto, dicen los mundanos, ¿ pero qué pecado hay en estas diversiones ? Es lo mismo que decir, que á un cristiano, en opinión de los hijos del siglo, le es lícito pasar los días de su vida en un eterno olvido de Dios. Ya se sabe que las primeras horas del día se emplean en vestirse, en componerse, en salir á la calle con todo lucimiento ; las restantes se las llevan las visitas, los cortejos, la caza, la comedia, los paseos, el juego, el baile, ú otros empleos nada inocentes. Si este plan de vida se presentase á un gentil, ¿ haria juicio, que era el plan de una vida cristiana ?

No hacemos ningun mal. ¿ Quién te lo dice ? ¿ No es harto mal el no hacer ningun bien ; cuando estás obligado á hacerle á todas horas ; y has de ser irremisiblemente reprobado por el que dejaste de hacer ?

No hacemos ningun mal. ¿ Pues qué, una vida consumida en mil inutilidades ; una vida embriagada, por decirlo así, de ociosidad, de delicadeza, y de pasatiempos es una vida cristiana ? ¿ Y puede hacerse mayor mal, que no vivir cristianamente ?

Una alma sin gracia es como tierra seca sin agua, incapaz de

producir fruto bueno. Gracias sin correspondencia, y sin buenas obras son talentos enterrados, de los cuales se ha de dar una espantosa cuenta. Y una vida estragada, toda repartida sucesivamente entre los negocios, y las diversiones del mundo, ¿será muy propia para beneficiar estos talentos, de que el mundo hace tan poco caso, aunque son de tanto valor?

¿Esa vicisitud, y no pocas veces esa mezcla, esa concurrencia de negociaciones, de citas, de convites, de juntas, de conversaciones, de funciones, de espectáculos dejan aquella paz interior, aquel sosiego, aquella vigilancia, que es tan necesaria para estar alerta contra las tentaciones, para dar oídos á la voz de Dios, para corresponder al llamamiento de su gracia? ¿Los corrillos son lugares oportunos para negociar con este tesoro? ¿Mi Dios, que de gracias perdidas! ¿Y será pequeño mal esta irreparable pérdida?

No hacemos ningun mal. ¿Y se podrá oír esta proposicion, sin que el espíritu, y aun la misma razon natural se levanten contra ella? ¿Qué hombre del mundo hay cuya conciencia no desmienta altamente una falsedad tan atrevida? Por poco conocimiento que se tenga del mundo, ¿con qué cara se atreverá nadie á afirmar, que esos espectáculos públicos, famosa escuela de todas las pasiones, ó si es licito explicarme así, cuartel general de todos los vicios, son sencillos, son inocentes? ¿Con que no se hace ningun mal en esas visitas frecuentes, tiernas, familiares, amorosas? ¿Con que no se hace ningun mal en esas conversaciones, donde no pocas veces el menor crimen es la murmuracion mas delicada, y mas fina; en esos juegos, en que frecuentemente lo menos que se pierde es el dinero; en esas partidas de diversion, en que la licencia parece haber adquirido derecho para desterrar la vergüenza y el pudor; en esa entretenida ociosidad, donde se pasan horas enteras en beber veneno por los ojos en libros emponzoñados; en esos descompuestos convitones, donde reinan la intemperancia, la libertad, y el atolondramiento? Finalmente, ¿hay valor para decir, que no se hace ningun mal donde todo es tentacion, donde todo es lazos, donde todo es precipicios?

No hacemos ningun mal. Pase. ¿Pero qué bien, qué buenas obras se hacen para merecer el cielo? ¿Y quien de nosotros ignora, que una vida ociosa, y sin buenas obras es una vida reprobada? La higuera con hojas, y sin fruto fué condenada al fuego. Las vírgenes desprevenidas fueron condenadas. El siervo poco industrioso perdió la gracia de su amo. En materia de salvacion la misma inaccion es delito. ¡Ah, y cuanta verdad es,

que un engaño popular en favor del amor propio alucina y amodorra!

El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos el modo de hacer uso de sus dones, les habló con la siguiente parábola: Cierta hombre, que determinó partirse lejos de su casa, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes para que los administrasen. A uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno; á cada cual segun su propia capacidad, y se ausentó al instante. El que recibió cinco talentos, comerció con ellos, y granjeó otros cinco. Lo mismo hizo el que recibió dos, lucrando otros dos. Pero el que recibió uno retirándose, cavó en la tierra, y escondió en ella el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el dueño de aquellos siervos, y les

pidió cuenta de su administracion; y presentándose el que habia recibido los cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, tú me entregaste cinco talentos, vé aquí otros cinco, que con ellos he adquirido. Está bien, siervo bueno y fiel, le respondió su dueño: porque fuiste fiel en corta cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu Señor. Llegóse el que recibió dos, y dijo: Señor, tú me entregaste dos talentos, vé aquí otros dos que he granjeado. Está bien, siervo bueno y fiel, le dijo su dueño: porque lo fuiste en poca cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu Señor.

MEDITACION.

De los peligros de la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que mientras se vive en este mundo todo es peligroso para la salvacion. No hay estado tan perfecto, no hay profesion tan santa, no hay empleo tan sagrado, en que no se deba estar continuamente muy sobre aviso contra la malignidad del propio corazón. En todo hay peligros: ¿y cuando faltarán en los estados? ¿qué edad hay en la vida, que no dé mucho que temer?

¿Qué peligros en la juventud, cuando las pasiones lozanas á todo se atreven, todo lo atropellan! ¿Qué estragos no hacen en un corazón tierno, bisono, sin defensivos y sin esperiencia! ¿Qué lazos en la edad mas avanzada, en la varonil! ¿Qué raro es el que no se desliza en un paso tan resbaladizo, donde todo